

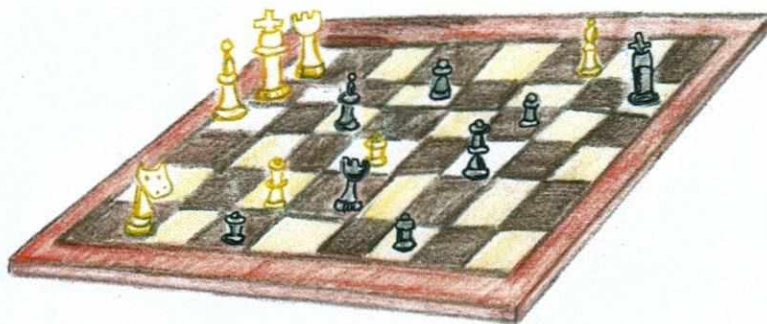
ENTRE CARICIAS Y NOTAS MUSICALES

¡Gané! -exclamé cuando por primera vez ese domingo ganaba a mi abuela al juego de “¿Quién es quién?”. Mi abuela me sonrió. Siempre me sonreía cuando yo ganaba.

- ¡Abuela! Ahora vamos a jugar al ajedrez. ¿Qué te parece?

Mi abuela me respondió con un gesto de asentimiento pero, de repente, la sonrisa se le borró de su cara. Saqué el tablero con las piezas. Ella siempre me dejaba las blancas, así que comenzamos a colocarlas.

Cuando terminé, me di cuenta de que la abuela no había colocado casi ninguna, y las pocas que había puesto, estaban

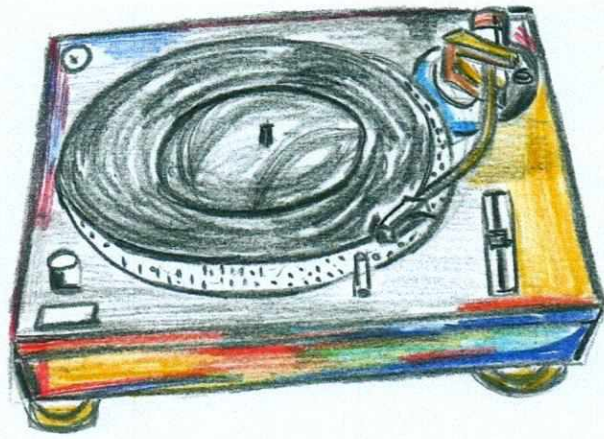


mal situadas. Pensé que estaría un poco cansada porque no había dormido bien. Así que se las puse yo.

Moví una de mis piezas y le dije a la abuela que era su turno. Pareció no oírme porque se quedó parada. Pensé que estaría tramando una jugada “maestra”, por eso esperé. A los pocos minutos me cansé de esperar. Le pregunté a la abuela si se encontraba bien. No recibí respuesta. Decidí llamar a mamá. Vino enseguida. Se lo expliqué todo y la acompañó a su habitación para que descansara un poco.

Se acercaba la hora de comer cuando me dijeron que la abuela no iba a hacerlo con nosotros porque no tenía hambre. También me dijeron que mis primos iban a venir. Si esa misma noticia me la hubieran dicho hace unos días, me habría puesto loca de contenta, pero en ese momento me preocupaba la salud de mi abuela.

Seguimos buscando discos de música durante un rato más, y cuando nos íbamos a dar por vencidos el abuelo y yo vimos una caja de madera en la que estaban talladas las letras: *Música Clásica*. El abuelo metió la mano en ella y dio un grito de sorpresa. Abrimos la caja y dentro había... ¡Un tocadiscos con varios discos de vinilo de Mozart y Beethoven!



Bajamos la escalera a toda prisa, y me puse a trabajar en mi idea. Cuando estuvo terminada, pusimos en la mesa del salón el tocadiscos con un disco en el plato y la música comenzó a expandirse levemente por toda la casa.

Me acerqué a la habitación de la abuela y le acaricié la mejilla con suavidad. Ella me respondió del mismo modo y, con mis caricias y la música, iba volviendo a la realidad. Se incorporó y poco a poco empezó a levantarse para ir al salón y ver de dónde procedía esa preciosa melodía.

Después le propuse jugar a un juego mientras disfrutábamos de las canciones. A ella pareció gustarle el plan, y el abuelo fue a la cocina para prepararnos la merienda.

La abuela se sorprendió cuando descubrió mi nueva versión de “¿Quién es quien? Con las fotos del álbum, yo había recortado la cara de los animales y las había pegado en las ventanas del juego original. Se lo expliqué a la abuela, que pareció entenderlo a la perfección, y nos pusimos a jugar. Estuvimos jugando varias partidas.



Hasta que... se me ocurrió que, si a la abuela le venía bien la música, le vendría aún mejor la de su nieta ¿no? Me acerqué al piano que tenían los abuelos en su casa, y comencé a ensayar las canciones que me había

mandado la profesora. La verdad, cuando las toco delante de mi abuela me salen siempre mejor.

Cuando terminé, me giré para ver a la abuela. Ella estaba allí, tranquila, con los ojos cerrados. Me acerqué y cogí sus manos. Sonrió.

En ese momento me di cuenta de algo que antes había pasado por alto, al acariciarla, al tocar sus manos...ella parecía volver, sin despistes... parecía no tener alzheimer. Descubrí que esos gestos me ayudaban a comunicarme con mi abuela. Mi abuela sabía, sin palabras, que yo estaba a su lado. Y que la quiero.

Llegaron mis primos, mis tíos y mis padres de dar el paseo, y enseguida se lo conté todo. Les pareció una idea fabulosa a todos y mis primos y yo pasamos lo que quedaba de tarde jugando... bailando... con mi abuela.

Llegó la hora de la cena, y sorprendentemente, ella se animó a cenar con nosotros, a participar en la conversación, incluso gastó alguna que otra broma. ¡La abuela había vuelto a ser la que era! Pasamos una velada estupenda, toda la familia reunida.

Pero, desgraciadamente, siempre hay alguna cosa mala en un día tan fantástico, y esa cosa mala era, la hora de irse. Lo habíamos pasado tan bien, que ni los mayores querían

marcharse, pero, el día siguiente era lunes y los adultos tenían que ir al trabajo y los niños al colegio.

Me despedí de mis abuelos y del resto de la familia.

Abracé a mi abuela y ella me besó en la frente. Yo sentí que ella me quiere.

Cuando iba a montar en el coche oí la música del tocadiscos que volvía a sonar. Miré por la ventana, y vi a mis abuelos bailando, agarrados. Mi abuelo acariciaba el pelo de mi abuela. La abuela parecía feliz. El abuelo, un valiente caballero con su armadura y su espada y la abuela, la bella princesa con su vestido y su tiara.

Les sonreí, y ellos me respondieron con el mismo gesto.

